

# El reloj de la Villa

---

---

**E**N mi infancia, era corriente en Alcázar oír hablar de la Villa a las personas mayores, pero a lo que más se aludía con esta expresión era al reloj que había en la torre de la Casa Consistorial, edificio que por su solidez y emplazamiento parecía extender una sombra protectora sobre toda la población. Verdad es que entonces las diferencias vecinales las zanjaban los **hombres buenos**, y no es extraño que la Casa de la Villa, simbolizara aquel espíritu conciliador y fraterno que hizo de la vida alcazareña un modelo de tolerancia y convivencia grata, tanto para los nativos como para los que en gran número venían al lugar favorecidos por la Estación.

Ya entonces eran claramente apreciables estas dos facetas esenciales de la vida local; la Villa y la Estación, hasta en ese pequeño detalle del reloj. Muchos se guiaban por el de la Estación, que manipulaba el espíritu travieso de «Casitas», pero la mayoría lo hacían por el de la Villa, que ponía en hora Millán y cuya resonante campana se oía en todas partes y era rije de la vida local, cuando casi nadie tenía reloj.

A ciertas horas, como a la del Angelus, a la del alba y al medio día, se tenía en cuenta el toque del fraile, en los Trinitarios, o el de las Párroquias, pero estas, como las particulares, se to-

maban como horas aproximadas: el toque seguro era el de la Villa, empezando por los albañiles, que han sido siempre los lugareros más exactos en la hora de comer. Hablando de horas, se preguntaba dubitativamente: «pero, ¿las ha dado ya en la Villa?».

Era una institución y le pasaba lo que a todas las instituciones mientras prevalecen: el espíritu zumbón, simbolizado a estos efectos, sobre todo, por el cuerpo de serenos, encargado de repetir, cantando, todas las horas que iba dando la campana durante la noche y al cual pertenecían hombres del rango alcazareño de un Ulpiano, un «Aragán», «El Siro», «El Majo», Desiderio y otros no menos socarrones, se cebaba en él y comentaban en los panetes que el reloj no iba nunca bien, aunque ellos cantaran la hora por obligación. La gente decía, en cambio, de los serenos, que cantaban lloviendo cuando estaba raso, porque en realidad ellos estaban mojados por dentro.

Y así, entre bromas y veras, discurría la vida lugarera, sin que nadie al oír aquella campana, dudara de que daba la hora fija, ni temiera que de aquella casa, regida de hecho por la gente de la plaza, le viniera nunca ningún perjuicio,

---

---

## Aluciarse

**E**NTRE las palabras corrientes que han ido cayendo en desuso, recuerdo ahora esta que se oía a nuestras mujeres a cada momento.

Era el tiempo de las hermosas matas de pelo, algunas no ya hermosas, sino impresionantes, como la de mi madre y la de la Lucía la «Calderera», tan espléndidas, que siempre había el temor de que las aojaran y no pocas veces se experimentaron conatos de que hubiera sucedido.

El peinarse no era para deprisa, ni para cada momento y cuando la mujer, terminados sus quehaceres, ya con poca luz, se aseaba un poco o bien, en cualquier instante tenía precisión de salir a cosa de poca importancia, usaba siempre esta palabra, para expresar los arreglos menores, rápidos o de poca monta: voy a «aluciarme» decía, o bien las mayores o las amigas exclamaban: «anda, «alúciate» un poco y buena vas; si venimos al contao».

Era parte principal, aunque no única, del aluciamiento, la recogida del pelo sin deshacer el peinado. Lo demás era ligero, porque no entraban para nada en el arreglo de nuestras mujeres óleos y pinturas de ninguna clase, se lavaban con agua clara y Dios ponía lo demás, que era todo, porque los colores de sus caras eran divinos.